

cen á la luz del sol. Biskris y mahoneses van llevando los equipajes al barco.

Tartarin de Tarascón no tiene nada que embarcar más que su persona.

Helo aquí bajando por la calle de la Marina y por el pequeño mercado lleno de plantas y de sandías, acompañado de su amigo Barbassou.

El infeliz tarasconense ha dejado entre los moros su caja de armas y sus ilusiones, y ahora se apresta á regresar á Tarascón con las manos metidas en los bolsillos.

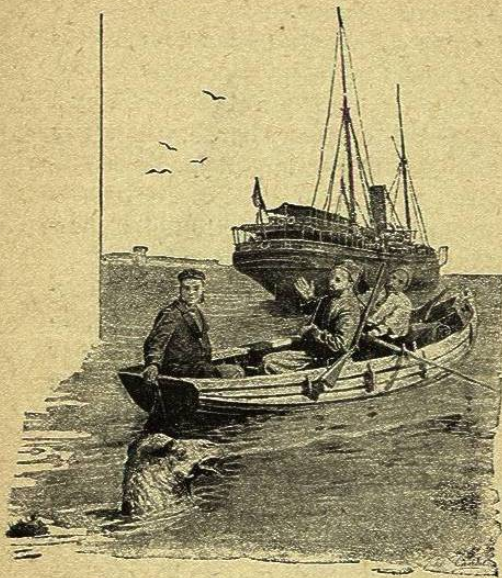
Apenas saltó á la chalupa del capitán, un animal baja corriendo desde lo alto de la plaza, y se precipita hacia él.

Es el camello, el fiel camello, que, desde hace veinticuatro horas, busca á su amo por Argel.

Tartarin, al conocerle, muda de color y finge no verle; pero el animal se empeña en que su amo se fije en él. Le llama, y mirándole con ternura, parece decirle: "Llévame en tu barco, lejos, muy lejos de este ridículo Oriente lleno de locomotoras y de diligencias, en donde no sé qué va á ser de mí. Tú eres el

último turco y yo el último camello. No me abandones, ¡oh Tartarin!

—Ese camello, ¿es vuestro? le preguntó el capitán Barbassou.



—No, dijo Tartarin estremeciéndose ante la idea de entrar en Tarascón con tan rara escolta; y renegando de su compañero de infortunio, rechaza con el

pie el suelo argelino y da á la chalupa el empuje para navegar. El camello olfatea el agua, alarga el pescuezo, y lanzándose detrás de la barca, náda al par que ella hacia *El Zuavo*.

Lancha y camello l'egan juntos á los costados del buque.

—¡Pobre animal! dijo el capitán. Voy á mandar que lo suban á bordo, y al llegar á Marsella le regalaré al Jardín zoológico.

Dicho y hecho. El camello fué embarcado, y *El Zuavo* se hizo á la mar.

Los dos días que duró la travesía, Tartarin los pasó solo en su camarote, no porque el mar estuviera malo, sino por causa del camello, que, apenas divisaba á su amo encima del puente, se entregaba á una alegría de las más ridículas...

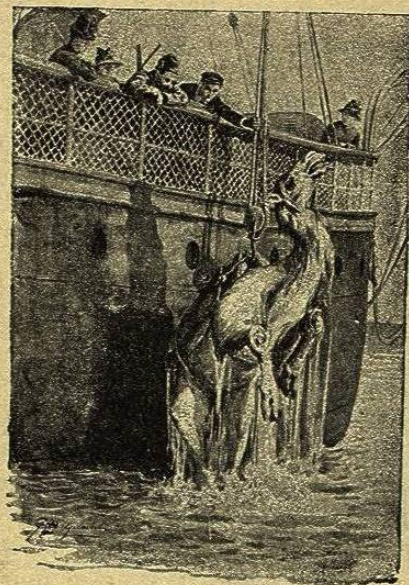
Mirando por los tragaluces de su camarote, Tartarin vió palidecer el azul del cielo argelino, y una mañana temprano oyó las campanas de las iglesias de Marsella.

Habían llegado...

El Zuavo echó el ancla.

Nuestro amigo, que no tenía equipaje,

bajó sin decir nada, y atravesó la ciudad, temiendo que el camello le siguiera, y no respiró á gusto hasta que, viéndose



dentro de un vagón de tercera clase, el tren echó á andar...

—¡Gracias á Dios que me veo libre de ese adefesio!

Pero apenas estaban á dos leguas de Marsella, cuando todos los viajeros se asomaron á las ventanillas, admirándose de lo que estaban viendo. Tartarin se asoma á su vez, mira, y... ¿qué es lo que divisa?... El inevitable camello, que corría por en medio de los rails, detrás del tren. Tartarin, consternado, acurrucóse otra vez y cerró los ojos.

Después de su desgraciada expedición, contaba volver á su casa de incógnito; pero la presencia del cuadrúpedo hacía la cosa imposible. ¡Qué entrada iba á hacer, Dios mío! ¡Sin un cuarto, sin leones, sin equipaje y acompañado de un camello!...

—¡Tarascón!... gritó un empleado.

Fué preciso apearse....

Mas ¡oh sorpresa!

Apenas la *chechia* del héroe apareció en la portezuela, cuando un grito de "¡Viva Tartarin!", hizo retumbar los cristales de la estación. "¡Viva el matador de leones!..."

Y los coros de los orfeones entonaron canciones en su loa.

Tartarin se sentía morir; creía en una

mixtificación. Pero no: Tarascón en masa se encontraba allí, levantando en alto los sombreros. Allí estaba el bravo comandante Bravida, el armero Costecalde, el presidente del Tribunal, el boticario y toda la noble sociedad de cazadores de gorras, que rodeó á su jefe y le llevó en triunfo...

¡Singulares efectos de espejismo! La piel del león ciego, enviada á Bravida, era la causa de todo.

Tan modesto despojo entusiasmó á los tarasconenses, y después de éstos, todo el Mediodía se entusiasmó también.

Como *El Semáforo* habló de Tartarin en sus columnas, sucedió lo que acontece siempre: que se inventó una novela, se abultaron extraordinariamente los hechos, y ya no era un león, sino diez, veinte, los que nuestro héroe había matado. Tartarin, pues, era ya célebre en Marsella sin saberlo él, y un telegrama expedido desde allí á sus paisanos les anunció su llegada.

Pero lo que puso el colmo á la alegría popular, fué cuando vieron un animal fantástico, cubierto de polvo y de sudor,

aparecer detrás del héroe y bajar las gradas de la estación.

Los tarasconenses creyeron durante un instante que su Tarasca había vuelto; mas Tartarin tranquilizó á sus compatriotas.

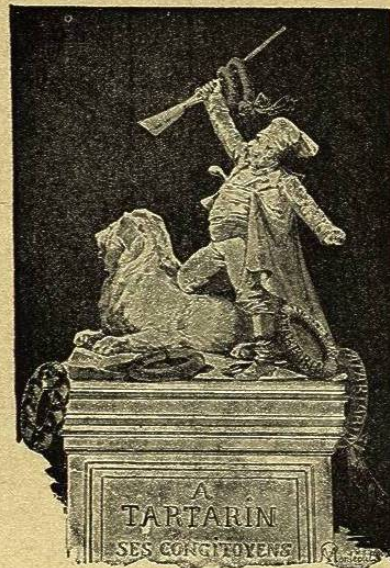
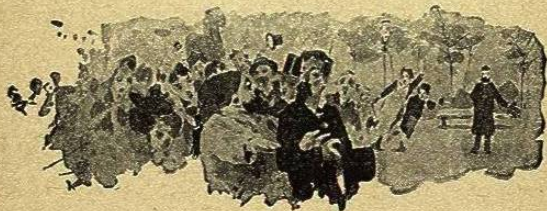
—Es mi camello, dijo.

Y ya, bajo la influencia del sol tarasconense, ese hermoso sol que hace mentir con tanta ingenuidad, añadió acariciando la joroba del animal:

—¡Es muy noble y muy valiente! ¡Me ha visto matar todos mis leones!

Y tomando el brazo del comandante Bravida, encarnado por la felicidad, seguido del camello y de los cazadores de gorras, y aclamado por el pueblo, se dirigió á la casa del baobab, y, andando, empezó á relatar sus grandes cacerías:

—Figuráos, decía, que cierta noche, en pleno Sahara...



Advertencia de los editores.

*La continuación de las aventuras de Tartarin, el héroe tarasconense tan admirablemente descrito por Daudet, se hallará en el libro **Tartarin en los Alpes**, del mismo autor, editado por esta Casa; y en **Port Tarascón**, que ha publicado **La España Editorial**.*

COLECCION JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadrado en piel á la inglesa.



ROBERTO HELMONT

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Ilustrado con más de 100 fotografados y 15 cromotipias.